

INCENDIO Y DESTRUCCIÓN
DEL
TEMPLO PARROQUIAL
Y

CASA RECTORAL

DE
SAN MARTÍN DE PROVENSAIS (CLOT)

BARCELONA

MEMORIA

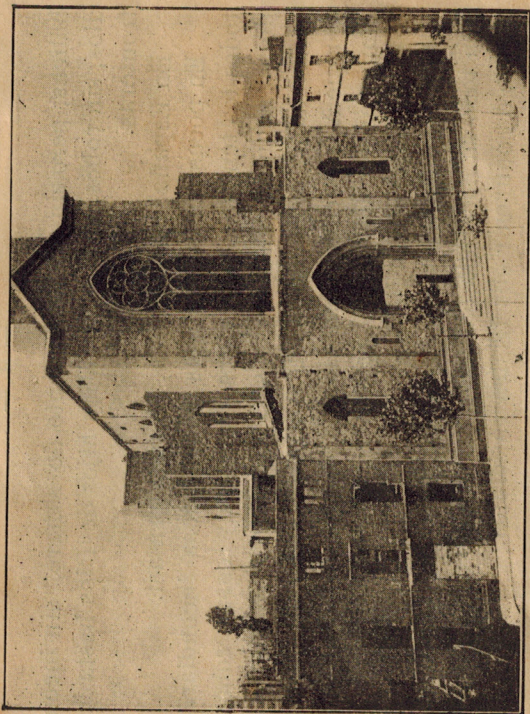
ESCRITA POR EL

Rdo. P. MIGUEL ROURA

CURIA-PÁRROCO DE LA MISMA

BARCELONA

Imprenta de LA HORMIGA DE ORO
1909



El día 27 de Julio de 1909, á las cuatro y minutos de la tarde, tuvo lugar el incendio, saqueo y destrucción del templo parroquial de San Martín de Provensals (Clot) y de su Casa Rectoral.

Es imposible dar una idea de aquel horrible acontecimiento y más aún de las amarguras y dolores que siguieron á aquel luctuoso día.

El Cura-párroco de San Martín de Provensals profeta

Desde lo que pasó en Francia, no me cansaba de manifestar á cuantos me escuchaban, que en España, particularmente en Barcelona, se preparaba un trastorno mayor que el de la nación vecina.

A un Sr. Cura francés desterrado de su patria le decía: «En Cataluña se seguirán otros procedimientos.» En Francia se dictaron leyes crueles, injustas, dia-

bólicas; pero sin derramamiento de sangre, sin incendios, sin robos, se condujo á los hijos de Dios hasta las fronteras.

En España, en Cataluña, no sucederá así.

En pocas horas las furias demagógicas incendiarán todos los templos, conventos, colegios y casas, robándolo y saqueándolo todo, y si tienen tiempo y triunfan, el incendio, el saqueo y el asesinato serán generales, porque á todo esto serán empujadas las turbas revolucionarias por sus *dignos apóstoles y maestros, los hombres de la cultura masónica.*»

La realidad de los sucesos últimamente acaecidos, con toda su horrenda barbarie, ha venido desgraciadamente á confirmar mis tristes vaticinios.

Los pretextos para tales actos de salvajismo.—Guerra á la guerra

¿Qué tienen que ver los templos, las casas rectorales, los conventos y colegios con la guerra del Africa?

Para impedir la guerra ¿habíanse de destruir los asilos de los pobres? ¿habíanse de robar y saquear todas las casas rectorales? Con esa guerra injusta, cruel y bárbara, con arrojar á tantos miles de inocentes criaturas de sus refugios, con hacer derramar un mar de lágrimas, con perseguir á los padres del pobre, con insultar á las vírgenes del Señor y mártires de la caridad, ¿queréis impedir la guerra? ¡Hipócritas! ¡Impugnadores de la verdad conocida! ¡Calumniadores! ¡Ladrones! ¡Incendiarlos! ¡Asesinos! ¡Infames! Jamás, jamás, jamás podréis lavar la sangre inocente que habéis derramado, ni reparar el cúmulo inmenso de males inferidos á la Religión, á la patria, al pueblo mismo, á los intereses todos morales y materiales, ni borrar de

nuestra triste historia el negro borrón con que habéis manchado dejando muy atrás la fiera de las antiguas hordas de los pueblos bárbaros.

La esencia de vuestros programas es el crimen; su único desarrollo, el robo y la devastación; azote de Dios para esta sociedad corrompida y materializada. Vuestro programa se cumple al pie de la letra.

¡Ni Dios ni amor! ¡La propiedad es un robo!

Hé aquí la síntesis de vuestro credo.

Y lo peor es que los hombres del siglo, los *cultos*, los *despreocupados*, no sabrán ó no querrán aprender esas elocuentísimas lecciones de la experiencia, ni el sinietro fulgor de los pasados incendios les dejará ver claro que la fiera revolucionaria no ha de hartarse con el incendio y el pillaje de los templos y conventos... ¡Ah! prepárense á ver, en plazo quizá no lejano, cosas más horrendas para sus familias, para su honor, para su fortuna y para su vida.

Huída

Las noticias que recibimos continuamente eran alarmantes. Escribí al jefe de los somatenes para ver si había medio de defender la Casa de Dios y nuestras vidas. La respuesta, que no pudo ser más deplorable, nos dejó sin alientos... Hay prudencias que no se conceden... Pero ni aun nos quedó el consuelo de ver agredidos en torno del Santuario del Altísimo aquellos de quienes teníamos derecho á esperar el esfuerzo de sus brazos para defender y amparar y salvar la Casa de Dios, de cuya gloria tan celosos parecían haberse mostrado siempre... Ni salieron tampoco de su cobardía los centenares de padres que envían á sus hijos al colegio gratuito de San Pedro Claver, viendo impasibles la des-

trucción de este hermoso edificio, verdadera *Casa del Pueblo* que los venerables Padres de la Compañía de Jesús sostienen con sabia dirección, con caridad inmensa y con constante espíritu de sacrificio.

Ni se vieron tampoco salir á la defensa de las pobres Hijas de la caridad de San Vicente de Paul los padres de familia á cuyos hijitos prestaban estas santas Madres, con verdadero cariño, el cotidiano aliento de sus cuerpos y de sus almas.

¡Oh dolor! Dios, la caridad, el sacrificio, el pobre y menesteroso, todo, todo quedó sin defensa, sin protección en aquellos lúgubres días...

Así es que, viéndonos solos, abandonados de todos y cuando el fuego calentaba ya nuestros pies, ¡muy á pesar nuestro! abandonamos la casa Rectoral. Nuestro primer intento fué esperar la muerte junto al Sagrario del Altísimo. Allí fuimos á despedirnos de nuestro Dios y Señor, allí nos confesamos todos, y en medio de un mar de lágrimas mandé á todos que se marcharan y me dejaran solo.

Mi firme voluntad era abrir las puertas del santo templo y decir á las turbas «aquí teneis al pobre Párrico, ¡matadme!» Morir en el Templo de Dios y llevando el Santísimo Sacramento, habría sido para mí la más gloriosa muerte.

Mis queridos y Rdos. vicarios, mi Rdo. sobrino, mis domésticos y amigos, no lo permitieron; todos á una respondieron: «No queremos dejarle solo: ó todos saldremos, ó todos vamos á morir á su lado.» Así que, para salvar á los demás, no tuve más remedio que abandonar todo, salir juntos por el jardín, partiendo luego desvalidos en diferentes direcciones mientras el fuego se propagaba por la casa rectoral asaltada por la chusma de ladrones y salvajes.

Confusión

Acompañado del Rdo. Prats y del Rdo. Vivas mi sobrino y de Francisco el Sacristán, penetramos en el huerto de una casa, y con grandes precauciones nos ocultamos entre arbustos bajo un parral y una higuera.

Estábamos allí de momento y pensando trasladarnos á otra casa inmediata, pero tuvimos que desistir al oír una voz que decia: «Cierra las puertas, que nadie entre en casa, porque corre la voz de que tenemos escondido en ella al Cura.»

¡Nos vimos perdidos! Los momentos eran de extrema gravedad. Entonces nos dijeron: «Ya pueden salir ustedes. Tienen ya quienes les aguardan y acompañarán á la casa del Sr. N. Están las puertas abiertas.»

Salimos y no vimos á nadie que nos esperara.

Registramos, y todas las puertas estaban cerradas. ¿Qué hacer? Por aquel caminito oculto y desierto subía uno de los asesinos. El cuchillo que llevaba era enorme; vino á mi encuentro, y medio catalán, medio castellano, me preguntó si aquel camino conducía á la casa rectoral. «Sí, sí, le respondi, allí está la rectoría,» y casi corriendo se encaminó á ella.

Nosotros, cerradas todas las puertas, no sabíamos qué hacer. Esperábamos los tres la muerte casi segura en una escalera.

Nos preparábamos para la muerte, cuando de un terrado inmediato salieron unas señoras, madre é hijas, y luego un señor anciano de barba blanca que fijándose primero en el sacristán y luego en mí, conociéronme y exclamaron: «¡Ah! ¡el Sr. Cura!» Viendo yo la compasión con que nos miraban, les decia: «Vean si por caridad pueden dejarnos en un rinconcito de uno de los

corrales. Esperaremos la noche y nos marcharemos.» Compadecidos de nosotros, abrieron una puerta reservada, y acompañados de dos caritativos jóvenes entraron en una habitación.

Con gran caridad nos recibió aquella dignísima familia, con verdadero amor nos ofrecía cuanto necesitábamos y que fué muy poco, pues sólo quise beber un poco de agua para apagar mi sed abrasadora que apenas me dejaba hablar.

Allí con todo el cariño y amor asistidos, esperamos la noche para dirigirnos por caminos torcidos á Barcelona.

Camino de Barcelona

Las barricadas estaban abandonadas por los incendiarios. Creyéndose ya casi dueños de todo y triunfantes, se reunieron todos para el saqueo y robo en la casa rectoral, así es que pocos encontramos por el camino.

Al llegar á la Rambleta, buscamos la Acequia Condal, y por el caminito contiguo á la misma nos dirigimos á la ciudad.

Otra vez la sed me abrasaba. Un joven albañil, que nos conoció, quiso acompañarnos: lo mismo hizo el criado de casa el Sr. Rivera. Desde los balcones y terrados, la multitud contemplaba y comentaba los incendios. Parecía la noche de un día festivo.

En aquellas horas, los tres sacerdotes con los dos acompañantes, infundíamos temor y nadie nos dijo una sola palabra. Sobre la mesa de mi despacho tenía dos relojes y el portamonedas con 150 pesetas, mas con el aturdimiento y temores, ni siquiera me acordé de ello. Todo quedó allí abandonado.

Caminando observé que no llevaba ni un pañuelo

para enjugar el copioso sudor, ni cinco céntimos para beber un vaso de agua, al saber lo cual, el joven que nos acompañaba, registrando sus bolsillos solamente encontró una peseta y 15 céntimos que me prestó, fineza y caritativo desprendimiento que guardaré siempre en mi corazón.

Llegada á Barcelona

Al llegar á Barcelona, nos dividimos en dos grupos que caminábamos á cierta distancia. En medio del silencio de aquellas calles casi oscuras, oí una voz que decía: «La iglesia de San Martín de Provensals y la casa rectoral está toda incendiada.»

«Han hallado el cadáver del Párroco en la Acequia Condal, siguiendo la corriente de las aguas. Dicen que el cadáver de uno de los vicarios lo arrastran por las calles y plazas.»

La impresión producida por aquellas palabras no pudo ser más dolorosa, porque realmente quedó escondido en San Martín el Rdo. Vicario D. José Forn, y en más de cinco horas que habían transcurrido, podían haberle muerto.

No conocía las calles, ni sabía donde me acompañaban. ¡Y qué largo encontré aquel camino! Así es que al llegar á la casa de la hermana del Rdo. Sr. D. Ramón Prats, respiré y di gracias á Dios haber salido menos mal librado de aquel primer trance.

En aquella humilde y cristiana casa, de familia obrera, pero muy honrada, pasamos dos días y dos noches. El susto fué continuo por el tiroteo incesante que se oía y por la vista de los incendios que desde allí se distinguían.

Por la mañana del día 29, mi Rdo. sobrino Damián

Vivas y Roura se lamentaba de que se sentía indispuerto. El Rdo. D. Ramón Prats, mi fiel Vicario, por más que lo disimulaba sufría horriblemente, y los tres ni comíamos ni descansábamos, así es que resolvimos salir en dirección al puerto con la esperanza de encontrar una barca ó vapor que nos alejase del peligro.

Nuestro intento resultó frustrado, por lo cual y para no entrar de nuevo en el centro de la revolución emprendimos el camino y por la vía férrea hacia Mongat. ¡Sólo el poder Divino podía sostener mis fuerzas para poder andar, delicado como estoy de salud, cinco horas á pié y con tal estado de ánimo!

Un nuevo Calvario me esperaba en Badalona.

Jadeante, sin fuerzas y con un calor asfixiante llegamos á Badalona, con ánimo de seguir hasta Mongat y ver allí si podíamos encontrar una barca que nos condujera á San Pol, nuestra amada patria.

Un carabinero nos dió la voz de ¡alto!—¿De dónde vienen Vds.? nos preguntó.—De Barcelona, le respondimos.—¿Y á dónde van Vds.?—A Mongat, contestamos, y dirigiéndose luego al Rdo. Prats, le dice: «¡Descúbrase Vd.!» y al hacerlo mi Sr. Vicario, uno del grupo notó la coronilla, hizo alguna seña como quien dice: lo hemos adivinado, ¡son frailes! ¡Qué refugio encontramos en aquel carabinero! ¡A cuántas consideraciones se presta su innoble conducta!

Por una casualidad providencial, había por allí un cristiano caballero con su hijo, y haciéndose cargo de nuestra apurada situación y haciendo supremos esfuerzos quiso salvarnos.

Para lograrlo se colocó á nuestro lado, y su hijo al lado de mi Rdo. sobrino, como si fuésemos conocidos de toda la vida. Saludando á unos, sonriendo á otros, íbamos caminando por la vía férrea hacia Mongat.

Mi Rdo. Sr. Vicario D. Ramón Prats hizo notar que nos seguía una multitud en actitud sospechosa, amenazadora. Poco después observó con espanto que la turba

recogía piedras. Entonces, sí, el temor aumentó de tal manera que casi estábamos seguros de morir apedreados.

Quiera Dios, me decía á mi mismo, que nuestra muerte sea la de San Esteban, morir perdonando y morir por el amor de Nuestro Señor Jesucristo.

En vista de tal peligro, aquel señor que nos acompañaba, D. Juan Font, nos hizo desistir de nuestro viaje á Mongat haciéndonos entrar y parar en Badalona. La multitud seguía en actitud tal, que llegó á inundir la alarma en los pacíficos habitantes de la ciudad. Las puertas empezaban á cerrarse, y nosotros andando sin saber á dónde. Al llegar frente á la casa de nuestro salvador, nos dijo: «¡Entrad!» y cerró la puerta. Estábamos fuera de peligro.

Con una dulzura y caridad sin límites, aquella piadosa familia puso á nuestra disposición toda su casa, pero yo, más muerto que vivo, solo acepté un poco de agua, único alivio de que en aquellos momentos sentía grandísima necesidad.

Corrió como un rayo por Badalona la noticia de que el Sr. Font había salvado á tres frailes. La alarma era extraordinaria. Los pobres fugitivos estábamos sin alientos y aterrados. Cada golpe á la puerta era un susto, atribuyéndolo á un nuevo ataque de las turbas revolucionarias. Llegó el hijo mayor de D. Juan Font, y con él tres pescadores, todos dispuestos á defendernos.

Alentado nuestro espíritu con tan noble proceder de aquellos buenos católicos, supliqué á uno de ellos pasara á la casa rectoral y preguntara si allí estaríamos seguros. El Rdo. Sr. Ecónomo Dr. Bolet nos envió á decir que podíamos trasladarnos á su casa con toda libertad y sin temor.

Aquel Rdo. Sr. y Sres. Vicarios nos acogieron con una cordialidad mayor de lo que merecíamos.

¡Qué escena tan interesante fué aquella! Recuerdo

con lágrimas que al vernos, pobres, casi desnudos, sin fuerzas y casi muertos, la caridad fué ilimitada en aquella santa casa Rectoral.

Allí trazamos el plan de salvación, pero nos fué forzoso suspender nuestra marcha, al saber que en la fábrica de cristal formaban una barricada que impedía nuestra salida.

A última hora de la tarde corrieron noticias estu- pendas. Se temía, con fundamento, un ataque á Badalona por los revolucionarios de dentro y de fuera de la ciudad.

Para evitar un nuevo dolor, fué necesario pernoctar en casas particulares.

Los fugitivos tuvimos la suerte de ser acompañados á la casa de D. Emilio Buxó, nuevo refugio, nuevo con- suelo, ya que dicho señor con su amable familia nos procuraron con verdadero espíritu de sacrificio cuanto necesitábamos.

¡Qué casualidades en el mundo! Aquel noble y digno señor, hoy Ingeniero distinguido, había sido parroquia- no mio cuando era Rector de Ripollet. Desde muy pe- queñito que no nos habíamos visto, y sin saberlo, en Badalona nos encontramos y su casa torre fué también nuestro refugio en aquella noche de temores.

¡Dios Nuestro Señor recompense la hermosa obra de caridad practicada!

Serian las tres y media de la mañana, cuando el Srto. D. Juan Font, hijo de nuestro salvador, nos daba ya la señal de salida. Todo lo había dispuesto y prepa- rado con sábia dirección.

Escalonados encontramos los serenos que se retira- ban á medida que íbamos pasando. Los pescadores, por la vía férrea, seguían la misma dirección. Muy de ma- ñana llegamos á Mongat. El Rdo. Sr. Cura-párroco don Roque Comas, Sr. Alcalde, Médico y otros amigos esta- ban ya esperándonos en la playa provistos de abun- dante alimento, vino y de cuanto se necesita para

emprender la expedición por mar. Los pescadores pre- paraban la barca, y cuando todo estuvo arreglado, en el santo nombre de Dios nos alejamos de aquella playa en medio de las bendiciones y saludos de los buenos Rdo. Cura-párroco y fieles amigos de Mongat.

La travesía fué buena. Desde el mar contemplába- mos los pueblos del litoral amotinados.

En otras circunstancias hubiera resultado hermoso y pintoresco nuestro viaje marítimo, pero en aquellos calamitosos días, un negro y espeso velo de tristeza cubría nuestros corazones.

Mi ansiedad crecía á medida que nos acercábamos al pueblo de San Pol.

¡Pensaba si, tal vez, también los pacíficos habitan- tes de aquella bendita tierra habríanse amotinado!

¡Si por desgracia la revolución se habría propagado hasta mi pueblo natal!

Gracias á Dios no fué así. Por la noche del día ante- rior, mis sobrinos habían llegado ya salvos, oprimidos por sobresaltos y temores y abatidos por el cansancio de un viaje de once horas á pié y desde San Martín. Mi familia nada sabía. Corría por todos los pueblos veci- nos y por la misma población el rumor de que el Cura- párroco de San Martín había muerto asesinado. Todos miraban con tristeza y compasión á mi pobre hermano y familia, creyendo que realmente habíamos sido vícti- mas de la revolución. Así es que, al llegar mis sobri- nos en la noche anterior, se desarrolló en mi casa una escena de dolor y lágrimas que se trocó en aliento y consuelo al asegurarnos que aún vivíamos pudiendo es- capar de un peligro tan inminente.

Todo el pueblo acudió allí en demanda de noticias y no se habló en toda la noche de otro asunto.»

Llegada

Serian las diez y media de la mañana cuando la barca estaba ya á la vista de San Pol de Mar.

Por imposición de los revolucionarios de Calella holgaban todos los pescadores, que constituyen la mayor parte de la población. Ni una barca había salido de la playa, así es, que al ver llegar la en que íbamos, sola y con vela desplegada, todos se pusieron en acecho llenos de viva ansiedad. Y al inspeccionar con sus catalejos la barca conocieron al que escribe y un grito de alegría y entusiasmo se propagó como un relámpago por toda la población. Al ver todo un pueblo corriendo á la playa me alarmé, creyendo era un movimiento sedicioso, pero luego sali de mi error al ver aquella muchedumbre y en medio de ella á los Rdos. D. Andrés Puig y D. Martín Estañol, todos gozosos y agitando sus pañuelos y los brazos abiertos para abrazarnos.

Así fué, y sin bueyes y con solas las fuerzas de todo un pueblo, tirando de las cuerdas, sacaron del mar la barquilla al tiempo que la multitud, precipitándose sobre mí, sacáronme en brazos y sin darme cuenta de ello, así por más paisanos sostenido, querían llevarme á mi casa.

Semejante inesperada escena de amor y entusiasmo, providencial contraste con mis sufrimientos y angustias durante tres días y tres noches, conmovió tan hondamente mi oprimido corazón que prorrumpí en copioso llanto, y mis lágrimas se confundieron al instante con las lágrimas de casi todo aquel pueblo, que por manera tan pública y elocuente demostraba la nobleza proverbial de sentimientos que ha distinguido siempre á los muy dignos y honrados hijos de San Pol de Mar.

Mis venerables compañeros en el santo ministerio, Sr. Alcalde, Regidores, Sr. Juez municipal, Sres. Médicos, Sres. Farmacéuticos, propietarios, americanos, ricos y pobres, particularmente los honradísimos y dignos de toda alabanza pescadores, todos me acompañaron, todos manifestaron amor y veneración á mi humilde persona.

¡Ah! Dios os lo pague, mis queridos compatriotas, á todos vosotros los hijos de San Pol de Mar. ¡Que yo de mí no tengo palabras que puedan expresar mi agradecimiento eterno y profundo á todos vosotros, ni describir lo que por vosotros siente mi corazón de amigo!

Sólo Dios puede recompensaros tan hermosa obra de caridad, con la cual, no sólo habeis contribuido á enaltecer su gloria, sino que habeis dado testimonio público y solemne de vuestra religiosidad y de amor á vuestro pueblo, á quien habeis llenado de gloria y honor, honrando y amparando á un pobre sacerdote, hermano vuestro, y á otros dos respetables ministros del Altísimo, salvándolos de los horrores de la más fiera y satánica persecución.

Eternamente quedaremos agradecidos á vuestro amor y sacrificios. Pediremos al Señor os conceda el galardón que con ello ha merecido el pueblo de San Pol de Mar.

Y no menos testimonio de mi profunda gratitud, aunque la pluma no alcance á expresarlo bien, me complace en tributar también desde aquí á los buenos y nobles ciudadanos de Badalona y particularmente á mis queridos protectores el Sr. D. Juan Font y su amable familia; al Rdo. Sr. Dr. D. José Bolet, Cura-Económico, y Rdos. Sres. Vicarios, que con su sabia dirección y caridad serenaron y confortaron mi decaído espíritu.

¡Cómo poder olvidar á los amables y dignos pescadores de Badalona D. Juan Teixidó, D. Francisco Recasens y D. Jaime Serret!

¿Cómo olvidar á tantos otros pescadores que en

aquellos momentos fueron los ángeles de la consolación?

¡Que Dios Nuestro Señor les recompense tanta caridad y sacrificio!

Ultimamente doy las gracias al venerable señor Rector de Mongat, Rdo. D. Roque Comas. Siempre la caridad fué su distintivo. De muy rico, voluntariamente se ha hecho pobre. De toda su fortuna nada queda. Los pobres han formado siempre su rica corona. Y la caridad, que siempre guió sus pasos, ¿no habia de derramar á manos llenas sobre unos pobres fugitivos? Siempre, en medio de nuestros infortunios, pensábamos «... si podemos llegar á Mongat, allí estaremos salvos.» El corazón no nos engañó. En Mongat encontramos un padre, un verdadero amigo.

Al Sr. Alcalde y Sr. Médico y demás, cuyos nombres siento no saber, tambien les damos las gracias, y no olvidaremos jamás su hermoso, desprendimiento y verdadera caridad.

Hoy solamente puedo y deseo corresponder á los sacrificios de todos, rogando á Dios Nuestro Señor y á la Santísima Madre nuestra y del Redentor la Virgen María.

En San Pol de Mar, 19 de Agosto de 1909.

MIGUEL ROURA, *Cura-Párroco.*

1793

Porcupine

Spurris

Porcupine

Spurris

W. W. W. W. W.

